

rales de una revolucion ó una campaña, é infelicísimo en la direccion de una batalla.» Mil ideas con efecto se aglomeraban en su imaginacion en los momentos supremos; pero no sabiendo por cuál de ellas resolverse, acababa por no dar una disposicion en órden, resultando de su atropellamiento una confusion en las operaciones de un combate. Varios generales tenia entonces la república mejicana y jefes de vastos conocimientos militares, que reunian las 1836. cualidades necesarias para dar feliz término á aquella campaña; pero Santa-Anna que era el presidente y que aspiraba á ser el primero en gloria militar, quiso tomar á su cargo la empresa.

Habiendo salido, como queda referido, la division al llano, y dispuesta la columna de ataque, avanzaron los cuerpos con sus jefes y oficiales á la cabeza, todos á pié, al encuentro del enemigo, habiéndose destacado guerrillas á izquierda y derecha para explorar particularmente los bosques. Para evitar que las mochilas entorpeciesen las maniobras del soldado, mandó Santa-Anna que, en la misma formacion en que las tropas iban, las dejasen en la mitad del camino, lo que, efectuado, se continuó la marcha. Serian las dos de la tarde cuando los mejicanos avistaron las avanzadas de Samuel Houston, situadas á la orilla de un espeso bosque donde ocultaba el grueso de su fuerza. Las guerrillas mejicanas rompieron inmediatamente el fuego sobre las contrarias, que contestaron en seguida con el suyo, aunque siempre replegándose al bosque. En esos momentos llegó Santa-Anna con el grueso de la division, con intencion de atacar; pero como el enemigo continuaba oculto y no podia, por lo mismo, conocer

las posiciones que ocupaba, desistió de su intento, disponiendo únicamente que la compañía de Toluca les estuviera tiroteando á la entrada del bosque. Con el cañon situado en una lomita se rompió el fuego á la vez, al cual contestaron inmediatamente los usurpadores, hiriendo gravemente al capitan Urriza y muerto su caballo por un metrallazo. En ese instante llegó Santa-Anna al sitio en que estaba el cañon, que dirigia el coronel D. Pedro Delgado, y mandó á éste que descargara allí todas las municiones que se llevaban en veinte mulas, y entregase éstas al capitan Barragan para que fuese por las mochilas que se habian dejado en el camino. El coronel Delgado entregó diez y ocho mulas para lo que se le pedia y se quedó con dos, por si ocurría alguna novedad y necesitaba de ellas. Entre tanto el general Santa-Anna se marchó de allí para reconocer el terreno y acampar en punto conveniente, y se situó toda la fuerza á la orilla de la laguna de San Jacinto, á mas de una milla de distancia de donde se hallaba el coronel D. Pedro Delgado con el cañon y las municiones. Una hora despues de haber acampado, envió con el coronel Bringas una órden al referido coronel Delgado y al oficial que mandaba la compañía de Toluca, para que se incorporasen con el ejército en el campamento. Como el jefe del punto en que estaba situado el cañon tenia los cajones de municiones en el suelo, pues tengo dicho que por órden de Santa-Anna tuvo que entregar las mulas al capitan Barragan para recoger las mochilas dejadas en el camino, se vió en muy difícil situacion para poderse replegar al campamento. Las circunstancias fueron aun mas críticas, cuando la compañía de

Toluca que habia estado entreteniéndolo al enemigo con su tiroteo en otro punto, se replegó al campamento, obsequiando la órden recibida. El coronel D. Pedro Delgado quedó entonces solo, frente á los tejanos, con la corta fuerza que servia el cañon y con los cajones de municiones, sin tener mulas en que cargar éstos. Si Santa-Anna al dar la órden de que se replegase, le hubiera enviado bestias de carga, fácil le hubiera sido verificarlo; pero retirar la corta fuerza que tiroteaba al enemigo y no enviar mulas para cargar en ellas las municiones, fué exponer á que cayesen en poder de los contrarios el único cañon que la division tenia y los medios de defensa. Y es que Santa-Anna no se acordaba en esos momentos de que habia dispuesto que las mulas se entregasen al capitán Barragan para cargar en ellas las mochilas. Este hecho, al parecer insignificante, da á conocer perfectamente la precipitacion de Santa-Anna en dictar sus disposiciones y la falta de un plan fijo en el obrar. Por fortuna el coronel D. Pedro Delgado solo habia entregado diez y ocho mulas de las veinte que tenia, y con las dos que se habia reservado, hizo que se estuviera conduciendo las municiones al campamento, mientras él defendia el punto con el cañon. Concluida la operacion á las cinco y media de la tarde, se puso en marcha para el campamento, llevando los últimos cajones de municiones. Una fuerza de caballería enemiga se puso entonces en movimiento para ir picando la retaguardia de la corta seccion mejicana. Cuando ésta se encontraba muy próxima al campamento, los dragones contrarios casi estaban encima de los que se retiraban. Santa-Anna mandó entonces al jefe de la caballería meji-

cana que se pusiese en actitud de acometer á la enemiga, pero sin avanzar terreno. Los rebeldes se contuvieron con esto por un momento, pero á poco se lanzaron sobre los dragones mejicanos hasta llegar á la arma blanca. Entonces Santa-Anna destacó varias compañías de infantería, y los tejanos se retiraron á su campamento sin ser perseguidos.

1836. Al rayar la luz primera del dia 21 de Abril, el general Santa-Anna mandó formar un reducto para colocar el cañon; pero ese reducto no fué formado de una manera sólida como hubiera sido fácil hacerlo, pues hubo tiempo para poderlo levantar durante toda la tarde y noche anteriores, sino que se formó con los aparejos de las mulas, cargas de galleta, equipajes y otros objetos, extendiendo por el frente y derecha un insignificante y débil parapeto de ramaje.

El punto que Santa-Anna eligió para acampar no podia ser mas contrario á lo que enseñan las reglas del arte de la guerra. El menos entendido de los militares no habria escogido un sitio menos á propósito para el objeto (1). Las tropas de los usurpadores colonos se hallaban á tiro largo de cañon, metidas en un espeso bosque que se encontraba á la derecha de la division mejicana: el frente de ésta, aunque llano, estaba dominado por el fuego del enemigo que desde el bosque podia sostenerlo sin sufrir él ningun daño, quedándole por su costado derecho y por su espalda una franca retirada. Ninguna de es-

(1) Así lo asegura el varias veces citado coronel D. Pedro Delgado en su relacion sobre esa campaña.

1836. tas excelentes condiciones presentaba el terreno en que el general Santa-Anna se habia situado; en él no tenia campo suficiente donde maniobrar; á su retaguardia quedaba un bosquecito que iba á terminar en la orilla de la laguna; y extendiéndose ésta por la izquierda del campamento mejicano hasta New-Washington, no quedaba terreno ninguno para una retirada, si la suerte de las armas era favorable á los tejanos. El coronel Don Pedro Delgado hizo algunas observaciones sobre este punto al general Castrillon algunas horas antes de que diese principio la batalla; pero su contestacion fué decirle:— «Amigo, ¿qué quiere V. que yo haga? todo lo conozco; pero nada puedo remediar, porque V. sabe que aquí no obra mas que el capricho y la arbitrariedad de ese hombre...» Estas últimas palabras las pronunció Castrillon con alguna exaltacion, señalando la tienda de campaña en que estaba Santa-Anna. Ninguno de los generales y jefes, como se ve, juzgaba propio para emprender una accion, el sitio elegido por el general en jefe. Los soldados que notaban el disgusto de la oficialidad, participaban de él, y empezó á decaer en ellos la fuerza moral y el entusiasmo que hasta entonces les habia animado en todas las acciones. A reanimar el espíritu vino la llegada de un refuerzo de quinientos hombres, al mando del general Don Martin Cos. Eran las nueve de la mañana cuando llegó esa fuerza al campamento, y el acontecimiento fué celebrado con toques animadores de cornetas y tambores y con entusiastas vivas de la division entera. Como la gente que acababa de llegar no habia dormido la noche anterior sino que habia caminado durante ella para llegar pronto al campamento,

el general Santa-Anna mandó que se acostase á dormir en el bosquecillo inmediato, que, como tengo referido, quedaba á la retaguardia, dejando los fusiles y quitándose hasta las fornituras. Por mucho que el general en jefe confiase en el triunfo, no debió jamás dictar esa disposicion, cuando se hallaba el enemigo á tiro de cañon. Ninguna medida de vigilancia está de mas cuando el contrario está próximo, por débil que á éste se le suponga, y mucho menos cuando, como en aquellos momentos, se ignoraba la fuerza que los rebeldes tenian y la calidad de sus tropas, cuya caballería osó la tarde anterior llegar hasta el campamento mejicano. Ninguna medida de precaucion tomó Santa-Anna, y su confianza creció, viendo que el dia pasaba sin que el enemigo saliera de su espeso bosque. Atribuyendo á impotencia de los contrarios lo que acaso podia ser plan meditado para que se descuidase toda disposicion precautoria en el campamento y caer de improviso sobre éste, no solo no tomó providencias de vigilancia, sino que á las tres de la tarde, despues de haber comido, se acostó á dormir la siesta, haciendo lo mismo su estado mayor. Como era natural, la tropa que nada tenia que hacer, imitó al general en jefe, tendiéndose bajo los árboles, mientras no pocos acababan de comer el rancho, otros andaban en diversas direcciones buscando ramas para hacer sus barracas, y los soldados de caballería llevaban desensillados los corceles á beber agua.

Ese era el estado que guardaba el campamento de Santa-Anna á las cuatro y media de la tarde. En esos momentos en que el descuido era completo, se escuchó el

toque dado por el corneta mejicano que estaba en la línea de la derecha, anunciando que el enemigo avanzaba sobre la posición por aquel flanco. A la inesperada y alarmante señal de la corneta, Santa-Anna, su estado mayor y los soldados despertaron sobresaltados, y corrieron en confusión el primero á dar órdenes, y los segundos á empuñar las armas que estaban en pabellon. No podia haber orden en aquellos instantes de sorpresa en que muy pocos estaban en su lugar, en que los soldados de caballería tenían que ensillar á toda prisa sus caballos, y en que el refuerzo de quinientos hombres llegado con el general Cos que acababa de tomar el rancho, se ponía las fornituras, cogía el fusil y se situaba en punto conveniente cuando desconocía el orden en que estaba dispuesto el campamento.

1836. Entretanto los tejanos avanzaban sobre la posición extendiéndose en columna de ataque, formando una ala prolongada, con un solo hombre de frente ó de fondo, llevando en el centro la bandera de Tejas, y dos piezas de artillería, perfectamente servidas, á los flancos: su caballería ocupaba el frente de los mejicanos y se extendía hasta la izquierda de éstos. La fuerza ascendía á mil hombres, componiéndose la mayor parte de ella de soldados de los Estados Unidos que, pretextando ser desertores, favorecían las ambiciosas miras del gobierno de Washington, auxiliando á los rebeldes á la independencia de su rica provincia. A paso acelerado, en medio de una espantosa gritería y haciendo un vivísimo fuego de metralla, de fusil y de rifle, avanzaban sobre el campamento mejicano, en el que, como he dicho, nada estaba prepa-

rado para el combate, y donde, en consecuencia, reinaba la confusión que es consiguiente á toda sorpresa. Cada oficial, reuniendo los soldados que podia, hacia fuego del punto que mas conveniente juzgaba. El general Castrillon daba órdenes por un lado, gritando para poder ser oido en medio de aquel desorden; el coronel Almonte hacia lo mismo en otro punto, y el general Santa-Anna marchaba aturdido de un sitio á otro, restregándose las manos, sin que acertase á dictar disposición alguna (1). No era posible en esas desfavorables circunstancias para el ejército mejicano, que la victoria fuese suya. De nada servía que cada jefe se batiese aisladamente con valor al frente de un grupo de soldados, si no habia enlace ni combinación con los demás grupos. La confusión era causa de que se aumentasen las víctimas. El valiente general Castrillon, el mismo que siendo coronel se distinguió por su arrojo así en el asalto de Tampico como en el fortín de la barra cuando la expedición de Barradas, cayó herido al suelo, atravesada una pierna por una bala después de luchar heroicamente, expirando á poco, herido gravemente por otra; el coronel Treviño quedó muerto, lo mismo que Batres, español, coronel también, hijo del tesorero general D. Marcial Aguirre, gravemente herido, que tenia igual graduación, y otros varios individuos de diversas graduaciones. Muertos ó heridos los principales jefes, la confusión llegó á su colmo y la derrota fué completa. Como no habia punto de retirada, las

(1) El coronel D. Pedro Delgado lo asegura así en su relación varias veces por mí mencionada. «Entonces ví á S. E.», dice, «correr aturdido de uno á otro lado, restregándose las manos, sin acertar á tomar providencias».

fuerzas desbandadas procuraron salvarse penetrando en un bosque; pero la caballería, siguiendo el alcance y rodeándoles por todas partes, hizo prisioneros á seiscientos soldados y á considerable número de jefes y oficiales, contándose entre ellos los coroneles D. Juan Nepomuceno Almonte, D. Pedro Delgado, D. Martin Cos, Castillo-Iberri, Céspedes (1) y otros de no menos importancia. El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que emprendió la fuga en un caballo que le dió el capitán Bringas, tomó la direccion del rio Brazos, donde se hallaba el general D. Vicente Filisola; pero habiendo llegado á un puentecillo de madera que estaba quemado, tuvo que bajar del caballo que iba ya herido, y disfrazándose, para no ser conocido, se dirigió á pié hácia el sitio referido. El traje con que se disfrazó era pantalon de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha y zapatos bajos de tafillete encarnado. Aprehendido por una partida de tejanos que ignoraban quién era, fué llevado por un soldado de caballería, á las dos de la tarde del 22, á donde estaba el general vencedor. Al pasar por el sitio donde se hallaban los demás oficiales prisioneros, éstos hicieron simultáneamente un movimiento de sorpresa y de extraña curiosi-

(1) Este Céspedes era hijo tercero del pundonoroso capitán de fragata español D. Manuel de Céspedes que, marchando de Méjico en 1811 al interior del país para tomar el mando de una columna, como tengo referido al hablar de aquella época, fué aprehendido en Tepeji por una fuerza insurrecta, despues de haberse defendido heróicamente y de recibir cinco heridas, y que habiéndole propuesto D. Ramon Rayon, que deseaba salvarle de ser fusilado, que tomase parte en la insurreccion, prefirió la muerte á dejar sus banderas.

dad, que hizo comprender á los tejanos que el nuevo prisionero debia ser un elevado personaje (1).

1836. La conducta del general D. Antonio Lopez de Santa-Anna al estar prisionero, no correspondió al arrojo con que se habia internado en el país enemigo sin mirar los peligros y los riesgos á que exponia sus tropas. Todo lo que le sobró de temerario al separarse con una corta division del grueso del ejército, le faltó de valor civil para rechazar con dignidad las proposiciones que los vencedores le hicieron. Habiendo exigido el jefe vencedor que hiciese retirar á todas las tropas mejicanas del territorio de Tejas, envió una orden al general D. Vicente Filisola, que era el segundo jefe del ejército y que tenia á sus órdenes mas de cuatro mil hombres, para que se retirara al otro lado del rio Colorado, dejando así libre el territorio á los usurpadores. Desde el momento de haber caido prisionero, habia dejado Santa-Anna de tener autoridad sobre el ejército, pues el mando recaia en el segundo jefe; pero aunque hubiese conservado su autoridad, que no la conservaba, debió preferir todas las conse-

(1) Se ha dicho por algunos que fué conducido al campo al tercer dia de la derrota; pero el coronel D. Pedro Delgado, que estaba entre los prisioneros y lo vió llegar, asienta lo que yo dejo referido. «El dia 22... á las dos de la tarde», dice, «fué conducido prisionero por un soldado de á caballo, el Excelentísimo Sr. general en jefe D. Antonio Lopez de Santa-Anna; su vestido consistia en pantalon de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha y zapatos ó chinelas de tafillete encarnado. Su conductor no sabia seguramente que era S. E.; pero habiendo hecho nosotros simultáneamente un movimiento de extraña curiosidad cuando llegaba á nuestra inmediacion, conoció que era mas que simple oficial.»

cuencias de una negativa, á dictar una disposicion que arrebatava á la nacion una de sus mas codiciadas provincias. D. Vicente Filisola, que tampoco debia de ninguna manera obedecer la órden de un individuo que, además de no poder ejercer ya el mando no podia obrar sino bajo la presion de sus enemigos, no quiso, con una determinacion contraria, exponer la vida de Santa-Anna, y tratando de conciliar el deber con la amistad, reunió una junta de los principales jefes del ejército para tratar sobre la desocupacion del territorio. Noble era el sentimiento de humanidad que obligaba al general Filisola á dar ese paso; noble el deseo de salvar de la muerte á su jefe superior y amigo; pero en la dura alternativa de exponer la vida de éste á sostener los derechos de la nacion, debió resolverse por esto último, sacrificando en aras de la patria los afectos del cariño personal. Filisola, en mi concepto, debió contestar que nada podia resolver hasta no recibir órdenes del Gobierno, y si no creia conveniente marchar sobre el enemigo, pues tenia fuerzas sobradas para hacerlo y derrotarle, haber permanecido en puntos convenientes de la provincia de Tejas mientras le llegaban instrucciones del ministro de la Guerra. No juzgó él sin duda deber obrar de esta manera, y, en consecuencia, reunió, como he dicho, una junta de los principales jefes del ejército. En ella se resolvió, el 25 de Abril, la evacuacion del territorio, pasando al otro lado del Colorado, y esperar allí las órdenes del Gobierno y refuerzos para emprender de nuevo la campaña. Tomada esta determinacion, Filisola contestó á Santa-Anna que iba á obsequiar su órden por consideracion á la paz de la república

y por el afecto que á él le consagraba. Poco despues se emprendió la triste marcha de desocupacion.

Santa-Anna no solo tuvo la debilidad de enviar por escrito la órden á Filisola para que desocupase el territorio, sino que el dia 14 del siguiente mes de Mayo firmó un tratado con el presidente electo de la que se denominaba ya república de Tejas, en que se obligó á no volver á tomar las armas contra los tejanos, ni llegar á influir en que se enviasen tropas de Méjico, en tanto que el Gobierno mejicano no llegaba á reconocer su independendencia.

1836. La noticia de la derrota de Santa-Anna en San Jacinto, causó un profundo pesar en Méjico, donde se habia estado esperando de un momento á otro las lisonjeras nuevas de la completa sumision de los colonos. Las victorias anteriores habian hecho concebir justamente esa esperanza, y nadie podia suponerse que se cometiera por el general en jefe una imprudencia que arrancase de las manos el completo triunfo que sin duda hubiera alcanzado Méjico sobre sus contrarios, á no haberse cometido por Santa-Anna el acto de imprudencia referido. El presidente interino D. José Justo Corro, trató de excitar el patriotismo de la nacion para que los departamentos aprestasen hombres y recursos que sofocasen la rebelion de los usurpadores tejanos y libertasen al general Santa-Anna.

Entretanto el general D. Vicente Filisola, viendo que la retirada habia introducido el desaliento en sus tropas, no solo pasó el Colorado, como le habia mandado el jefe prisionero, sino que se dirigió á Matamoros, á la orilla derecha del Bravo, llegando á este punto con su gente

completamente desmoralizada. El general D. José Urrea, á quien el Gobierno nombró general en jefe para sucederle en el mando, nada emprendió por hallarse muy avanzada la mala estacion para continuar la campaña, como recibió orden de hacerlo, y el general Filisola pidió licencia para pasar á Méjico y que se le sujetara á un juicio en que responderia satisfactoriamente á los cargos que se le hicieran. Así se hizo; y juzgado en un consejo de guerra, fué absuelto, declarándosele libre de toda responsabilidad en la pasada campaña.

Las escaseces del erario para poder enviar refuerzos y dinero al nuevo general en jefe para continuar la campaña, hicieron que Urrea nada emprendiese sobre Tejas, á pesar de las continuas órdenes del Gobierno. Llamado á Méjico para que respondiera á varias acusaciones que se le hacian, se pensó en el hombre que fuese mas á propósito para emprender la guerra con buen éxito contra los habitantes de Tejas.

Entretanto el general Santa-Anna, contra quien los tejanos abrigaban un odio implacable por la guerra destructora que les habia hecho incendiando sus poblaciones y fusilando á todo prisionero, se hallaba encerrado en una estrecha prision, con una pesada barra de hierro á los piés, esperando á cada momento ser sentenciado á muerte, como lo pedia la multitud.

Mientras el aherrojado prisionero pensaba en su estrecha prision en los cambios de la inconstante fortuna, y que en la prosperidad y en el triunfo debe ser uno generoso para encontrar en la adversidad amigos entre sus mismos contrarios, el Gobierno mejicano organizó nuevas

tropas y formó un segundo ejército que fuese á recobrar la rica provincia usurpada por los ingratos colonos. El general á quien se confió el mando de ese segundo ejército fué D. Nicolás Bravo. Este no quiso echar sobre sí la responsabilidad de la campaña, sino bajo la precisa base de que la division constase de ocho mil hombres con todos los recursos necesarios que exigia la magnitud de la empresa. El Gobierno, conociendo todo el peso de las razones del pundonoroso general Bravo, le ofreció que sus deseos serian completamente cumplidos, y bajo la seguridad de esta promesa partió para San Luis Potosí. Antes de salir de la capital se dieron, con efecto, todas las órdenes convenientes para la marcha é incorporacion de todas las tropas destinadas para la campaña de Tejas, y se le ofreció que, á mas del haber de dos meses de todas, conduciria la comisaría doscientos mil duros. Bravo llegó á San Luis Potosí no dudando recibir las cantidades que se le habian ofrecido y el número de tropas convenido; pero sus esperanzas se vieron fallidas, y escribió al Gobierno haciéndole saber que carecia de los elementos indispensables para emprender la campaña. No dudando que seria atendido y llevado del noble deseo de emprender la campaña en servicio de la patria, contrató en pública almoneda caballos, sillas de montar y cuanto era preciso para la fuerza de caballería, contando, para cubrir este compromiso, con las libranzas que se le habia ofrecido enviar. Viendo que el tiempo transcurria sin recibir los recursos prometidos de gente y de dinero; que la estacion favorable para la campaña pasaba, y que la nacion que no podia estar en el secreto de las escaseces del

erario, podría creerle con todos los recursos, culpándole de moroso en emprender la guerra, entregó el mando del ejército al general á quien por su antigüedad correspondía, y dirigió una nota al ministro de la Guerra, D. José María Tornel, con fecha 17 de Noviembre de 1836 desde el cuartel general situado en la hacienda de las Bocas, renunciando el mando y exponiendo las razones que á ello le obligaban. «Tendrá presente el supremo Gobierno», decía en la expresada nota, «que desde que se formó el plan para la próxima campaña y que yo me comprometí á ponerme á la cabeza de las tropas, fué bajo la precisa é indispensable base de que las fuerzas constasen de ocho mil hombres, que se creyeron suficientes para la magnitud de la empresa y que contasen con los recursos necesarios para subsistir, á fin de que su falta no fuese un obstáculo ó embarazo para las operaciones. No se habrá olvidado tampoco, que los fondos que entonces se designaron no producian la cantidad á que debia ascender el presupuesto total del ejército en campaña, y que yo, conociendo el estado comprometido del erario público, no exigí sino aquello que bastase á su conservacion, contando con el exacto manejo de los caudales, la vigilancia de las aduanas marítimas, y la mas estricta economía en todos los ramos cuyos puntos dependian de mí, que harian aumentar alguna cosa los productos. Al contraer por mi parte el compromiso indicado, al encargarme de una campaña llena de dificultades por la distancia en que debia hacerse, por la clase de las tropas destinadas á ella, y porque el malogro de la primera la hacia mas complicada á causa de las funestas impresiones que habia dejado, y que

era indispensable borrar enteramente, conocí que iba á 1836. llamar sobre mí la atencion y miradas de mis conciudadanos. Se habian puesto en mis manos los destinos de la república, su integridad, su honor; acaso su existencia como nacion, dependian del acierto y oportunidad de las operaciones: un error, una falta, podian comprometerlo todo. ¿Y con qué contaba yo para salvar tan preciosos objetos? Con las solemnes ofertas del supremo Gobierno, ofertas fundadas en la opinion pública que clamaba por que, haciéndose un esfuerzo, se castigase la osadía de los que vulneraban su nombre y se repartian su territorio. Se ha procurado satisfacer esta opinion, ese voto público, persuadiendo que el ejército nuevamente destinado á Tejas lleva todos los elementos necesarios de fuerza y sobra de recursos.» Despues de agregar que «poniendo la mas ciega confianza en lo ofrecido, salió de la capital», dice que nada de lo que se le prometió llegó á dársele; que «á su llegada á San Luis Potosí, no parecian las libranzas»; que «pasaba un correo, llegaba otro, y en ninguno iban las libranzas tantas veces ofrecidas»; que «en cuanto á tropa, encontró al reunir las en San Luis, una enorme baja del cálculo que se le habia presentado como infalible»; y que «en habilitar á todas las tropas que se reunieron al ejército de aquellos tres departamentos y otros gastos indispensables, entre ellos librar diez mil pesos á las estacionadas en Matamoros que estaban expuestas á cometer un escándalo por falta de recursos, se consumieron los cuatro mil pesos de la única libranza que condujo y cobró la comisaría». Se quejaba en seguida de que «en vez de satisfacerle sus pedidos y de llenarle